

Pedro Navarro González

**Cripta
de luz
entre los
escombros
del pasado**



Ramón Ordaz

Biblioteca Digital de Historia y Literatura Neoespartana



Título de la obra:

Pedro Navarro González. Cripta de luz entre los escombros del pasado.
1era. edición, 2025.

Autor:

Ramón Ordaz

Depósito legal: NE2025000007

Diseño, transcripción y montaje: Frank Omar Tabasca.

Corrección orto tipográfica y de estilo: Frank Omar Tabasca.

Diseño de portada y contraportada: Daniel Ordaz Velásquez.

Foto de portada: El Faro de La Puntilla, de Carlos García Toledo,
en: "Margarita 1946" (2013) de Ángel Félix Gómez.

Tiraje: 25 ejemplares.

Impreso en Gráficas Internacional, C. A.

Calle Tamanaco cruce con calle Charaima. Centro Industrial Tamanaco, local 5.
Sector Conejeros, municipio Mariño.

PRÓLOGO

Las hojas del pretérito son azotadas por la tempestuosa incertidumbre del presente, nada escapa a su mirada, ¿será así? Han caído las murallas de las vanguardias, los hallazgos de ayer se disuelven para ser caudal que dé paso a nuevas corrientes ficcionales: de la imagen venimos y hace ella vamos. El perenne diálogo del lenguaje con el tiempo.

Los vuelos poéticos se despliegan atados al entramado de una época, fueron diáfanos los pasos del decimonónico romanticismo al modernismo, ¿cuándo y quiénes erigieron las fronteras? Si el aleteo de la palabra deshace las sombras de los días, forjado por la soledad, silencios y olvidos, porque insistir en confinar la voluntad de la mirada en categorías que rinden su utilidad en el servir de instrumento a la sublime comprensión del acto escritural, no impregnarlos de credos y asertos, por lo que la libertad resiste las inclemencias de tantas pretensiones, de allí el implacable verso de Pedro Navarro González (Porlamar, 1882-1944), *Oh imbéciles*.

La densa lírica de Navarro González pertenece a un viejo puerto, es un invitado que no abordó a tiempo el tiempo del romanticismo, etiqueta temporal. Desde la lobreguez de cuatro paredes no se enmudeció, deshojó las tinieblas para manifestar con una estética sublime la ruptura con lo falsario de las usanzas y desvaríos patrioterros, verbigracia: *“Más, mira que el pasado / fue ráfaga voraz, ¡todo hizo trizas! / ¿lo recuerdas? ¡fue incendio! Ten cuidado / si arden más que las llamas, las cenizas...”*. Así como su entrega al juego evanescente de la palabra, tenemos su inquietante desafío a los cimientos de la aldea romántica que habitó: *“...a las cosas abstractas darle forma sensible, / escuchar el silencio y mirar lo invisible; / arrebatarse al germen la belleza que fragua, / y despertar las piedras con las voces del agua; / hacer llorar al tigre y cantar al guijarro, / ...”*

Ramón Ordaz con el presente ensayo abstrae del descuido a este poeta porlamarense, cuya obra apenas se menciona en los acervos literarios de Venezuela, y a su vez estimula nuevos acercamientos a un destello de luz entre las ruinas del pasado.

Frank Omar Tabasca
La Asunción, agosto de 2024

PEDRO NAVARRO GONZÁLEZ:
CRIPTA DE LUZ ENTRE LOS ESCOMBROS DEL PASADO

*Femenino, el romanticismo es la victoria
del alma sobre el espíritu; porque
es, ante todo la evidencia del alma; el
furioso proceso de calcinación de
cuanto no era sentimiento.*

Juan Eduardo Cirlot

Ramón Ordaz

Si algo riñe con la poesía es el intento clasificatorio, la pulsión de quienes se acercan a ella con el propósito de colocarle el marbete pedagógico, el alfilerito y la etiqueta para hacer eficaz el mapa y el programa académico, todo ello bajo el palio de discursos que se repiten sin revisión alguna, bajo las sombras del plagio y la adecuación a fines que muy poco tienen que ver, a veces, con la esencia de la poesía misma. La poesía se escapa de tales cercos, se puede mimetizar transitoriamente bajo la luz y rigor del más preciso instrumento crítico, pero la constante metamorfosis de la lengua y el lenguaje que hacen vida en cada lector futuro, la consiguen impoluta y pura, siempre dispuesta a una nueva entrega, a una nueva pasión, una nueva lectura. Esa voz oculta jamás muestra sus vestiduras, porque toda ella es desnudez que nos pega diariamente en la cara como la brisa. Sólo pocos afortunados atrapan algunas ramas de ese árbol de raíces invisibles. Se equivocan quienes a la ligera y sin iniciación alguna pretenden encontrarse al azar y volanderamente lo que con certeza está circunstanciado por la epifanía. Muy difícilmente a la conciencia frívola puedan llegar sus luces. Charles Baudelaire en su ensayo “El pintor y la vida moderna” puntualiza un hecho fundamental: “Lo bello está constituido por un elemento eterno e invariable, cuya cantidad es excesivamente difícil de determinar, pero también por un elemento relativo y circunstancial, que será, alternativamente o en conjunto,

la época, la moda, la moral, la pasión...” (1) (p. 81). Ocurre que lo “relativo y circunstancial” priva por lo general en los estudios que abordan el arte y la literatura de todos los tiempos. Nada más vacilante, en constante erosión, como la moda. Baudelaire no la subestimaba, pero estaba consciente de su transitoriedad. “La modernidad -nos dice- es lo transitorio, lo fugitivo, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable” (2) (p. 92) Si la moda, algo tan cambiante como la moral o los pies de barro de la época es lo transitorio, lo fugitivo, a no dudar, y además es la mitad del arte, ¿cómo entendémosla con esa otra mitad que es lo eterno, lo inmutable? Esos dos componentes que confieren unidad a la obra de arte hacen imposible, a su vez, hablar de un núcleo, de un centro específico de la obra creada. La actualidad privilegia en exceso el ornamento de lo nuevo, la bambalina de los materiales del presente donde se cosifica la obra, al mismo tiempo que lo fugaz va dejando su pálida estela de una década a otra, de una centuria a otra. Lo perenne, lo inmutable, sigue siendo el reto, es decir, definirlo, conceptuarlo, desde cualquiera de las disciplinas que pretendan el análisis de las obras de arte, ya sea la psicología, la filosofía, la sociología, la hermenéutica, la crítica y otras. En la época de los relativismos, de la caída de los paradigmas y macrorrelatos, del principio de incertidumbre y de las leyes del caos, di tú, vidente Marco Aurelio, ¿cómo hablar de lo inmutable y de lo eterno?

El concepto de tiempo que conocemos no alcanza a dar razón sobre la perpetuidad de tal o cual cosa. La indiferencia del mundo extraterrestre que pesa sobre la conciencia humana invalida cualquier versión de la temporalidad con la que creemos entendernos. Las cronologías y las periodificaciones con las cuales seccionamos el continuum de la cultura, han colocado espejos y espejismos en cada instancia de nuestras vidas, para que, en lugar de vernos, nos multipliquemos al infinito y la sorpresa sea la maravillosa metamorfosis que podemos constatar en los caleidoscopios. Vivimos un mundo especular, una ficción constante. La crítica literaria es otra ficción, de eso estamos conscientes. No deja de sorprendernos cuando el tibio comentario, con pretensiones de ejercicio crítico, provoca accesos de

cardiopatías literarias en quienes, en vez de aceptar el mínimo reparo, esperan siempre el vulgar encomio, la eterna celebración. Escritura sagrada e intocada no la hay ni en la Biblia. Lo perfecto se distingue por su imperfección. No es fácil de adquirir conciencia de la totalidad, cuando mucho nos acercamos a una totalidad fragmentaria que es bastante decir.

La poeta Denise Levertov en su ensayo *El poeta en el mundo* (1979) increpa cierta tradición culta de interpretar la poesía: “El crítico literario o el profesor de literatura meramente raspan un sector de la superficie si no viven en sus propias vidas alguna experiencia de las multitudinarias interacciones de tiempo, espacio, memoria, sueño e instinto que en cada palabra tiemblan hacia la síntesis en la obra de un poeta, o si mantienen sus lecturas separadas de sus acciones en una gaveta con el letrero “experiencias estéticas” (3). La cita viene a propósito del olvidado, preterido, no registrado en las antologías del país, poeta margariteño Pedro Navarro González (Porlamar, 1882-1944). Lo primero que habría que señalar es que no gozó de adecuadas ediciones en su tiempo y su obra quedó dispersa en publicaciones ocasionales de la provincia y en manos de sus amigos. Otra razón podría ser su constante traspaso de una prisión a otra, de la cárcel de La Asunción y La Rotunda en Caracas al Castillo Libertador de Puerto Cabello, lugar éste donde fue inquilino involuntario varias veces durante el régimen de Juan Vicente Gómez. Allí debió compartir, es legítimo pensarlo, con algunos notables de la intelectualidad que hacían vida en Caracas y que fueron también pacientes de aquellas mazmorras. ¿Se cruzaría alguna vez en esos tenebrosos pasillos con Andrés Eloy Blanco, con Pío Tamayo? Un hecho es cierto, los aires renovadores de la Generación del 28 muy probablemente no calzaban en su inflexible espíritu conservador. Casi que fue un rebelde sin causa, porque, sí, luchó, se opuso a toda opresión, embistió con brío el rebenque nacional del dictadorzuelo nacido en La Mulera, tierra andina pródiga para el fermento militar, pero su lucha más vasta, sin cuartel, estaba en su propio ser, en el desasosiego de una conciencia que no encontraría jamás el punto cenital de la conformidad. De esa pieza de orfebrería literaria, de crepitantes palabras

ante la infamia, “Toda una jornada”, extraemos el siguiente fragmento escrito sobre el fuego: “El miedo, esa monstruosidad del espíritu que ha sido el colectivo suicidio intelectual del periodismo contemporáneo, no tocaría, como no ha tocado nunca a las puertas de mi corazón; no se inclinaría sobre mis hombros para dictarme eufemismos palaciegos, ni enardecería mis manos, obligándolas a tejer guirnaldas con rosas de retórica enfermiza, para ceñir con ellas la frente de los hombres”. Toda la prosa de este texto, que nos resistimos a llamarla crónica, está cincelada con severo, castigador lirismo, lo que reafirma el editorial que escribió para el diario caraqueño *El Sol*, a la muerte de Salvador Díaz Mirón en 1928. Julio Ramos, escritor y compañero de prisión en el Castillo Libertador, admirado por lo que calificó de “editorial elegíaco”, preguntó al poeta Pedro Sotillo, que trabajaba para *El Universal*, quién podría ser el autor, y éste argumentó que probablemente Capadoni que trabajaba en *El Sol*. Cuando Ramos consulta a Capadoni, la respuesta no se hizo esperar: “No. Este editorial no lo escribí yo. Su autor es Pedro Navarro González” (4). Circunstancia que no podemos dejar pasar de largo, ya que la influencia del mexicano es posible rastrearla en los versos de Navarro González como, por ejemplo, “¡Oh, imbéciles!”, escrita a los dieciséis años, lo que podría justificar cualquier ligereza, impropiedad y mimetismo. La férrea voz, así como la conducta, de Díaz Mirón, marcó con creces a muchos poetas de esa segunda mitad del siglo XIX. Nada más normal y lógico que advirtamos trazas de éste en Navarro González. Citábamos a Levertov porque ante la obra de un poeta no cabe la simple disección, el aséptico examen o el pulcro diagnóstico. Reclama la poeta la vivencia, ante todo, meter en el torrente sanguíneo todas esas confluencias de la vida que “en cada palabra tiemblan hacia la síntesis en la obra de un poeta”. Ocurre que su amigo y albacea más cercano, el también periodista y poeta margariteño, Pedro Celestino Vásquez y Vásquez, dolido por la indiferencia con que ha sido tratada la obra de Pedro Navarro González por los críticos, los antólogos, y por quienes se han dedicado a la investigación de la Literatura Venezolana, ha dicho en su descargo lo siguiente: “Se diría pasado de moda; pero esa especial caracterización del romanticismo iniciado a principios del siglo XIX,

tiene en esta hora, sabor de vino añejo, de exquisita deleitación del pasado. Es el lirismo puro ante la orfebrería petulante y la razón escueta y convencional, que disfraza de alegría y símbolos, la pobreza emotiva y la aptitud desmedrada para el ritmo” (5). No escribe estas palabras Vásquez y Vásquez por solidaridad de poeta, menos para darle una ayudita al coterráneo. La síntesis de lo que sentencia tiene su correlato en la poca transparencia que se advierte en nuestra historia literaria en lo que va del siglo XIX a nuestros días. Los estudios de lo que se ha llamado nuestro romanticismo están llenos de desaciertos. La vida semianacoreta de José Antonio Maitín, su poesía y muy concretamente el “Canto fúnebre” le confieren un estatus de precursor que no tiene discusión alguna. Pero Abigaíl Lozano, a quien se acostumbra a colocar como otro del naciente romanticismo en nuestro país, francamente nos resulta pálido, desabrido; huele a literatura oficial de la época. Sin reparo ninguno, muy bien instalado en su pedestal, conseguimos a Juan Antonio Pérez Bonalde, cuya actitud de vida, su errancia y sus viajes alimentaron en él una poesía que, sin lugar a duda, es la más limpia y empinada que nos dejó el siglo XIX. Luego tenemos una lista de poetas que la crítica ubica en esa transición del romanticismo al modernismo: los nombres de Andrés Mata, Víctor Racamonde, Alejandro Romanace, Gabriel Muñoz, Rafael Yépes Trujillo, entre otros, son referidos en este sentido. De todos, sobresale Andrés Mata por el espaldarazo que da a *Pentélicas* (1896) José Enrique Rodó, obra que por muy original que la pondere el uruguayo, no puede ocultar la estela de Díaz Mirón, y porque sus fastos en el periodismo de Caracas, sus Arias sentimentales y servilismo ante el gobierno de Juan Vicente Gómez le peinaron la rizada melena y fue convertido en un imprescindible de los cotilleos y salones literarios del país. Todos ellos son anacrónicos, están pasados de moda, como pasados de moda están cientos de antologizados y celebrados como poetas en el siglo XX. Para pasar de moda tan solo basta dejar pasar un día; esa moda que es parte de la mitad de la modernidad y que se degrada con inopinada rapidez. De manera que en el horizonte sólo se avista lo perdurable, lo inexpresable, lo que resiste la erosión del tiempo hasta donde nos sea posible concebir la perennidad de

algo; vale decir también, el aura de la obra, el misterio que cada uno descifrará. Lo otro es el romanticismo “tardío” de Navarro González. Para la hora en que nace el poeta (1882) puede muy bien ubicarse entre muchos contemporáneos que atravesaban la misma senda, esa transición nunca del todo clara entre el romanticismo y el modernismo. Sucede, por otra parte, que el romanticismo es un movimiento vasto, omniabarcante, imposible de encorsetar en simples categorías. A nadie se le ha ocurrido sentenciar el acta de defunción del romanticismo. No escapó el surrealismo de los años veinte del siglo pasado de ser calificado por los críticos como una extensión del romanticismo. No se equivocaba Rubén Darío cuando en su poema “La canción de los pinos” escribía que “Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?” La E mayúscula tiene allí toda la carga profunda del ser. Citado por Isaiah Berlin, para Friedrich Schlegel, teórico junto con su hermano August del arte romántico en la Alemania del siglo XVIII, “El arte romántico es un perpetuo devenir que no llega nunca a la perfección. Nada puede sondear sus profundidades (...) Sólo él es infinito; sólo él es libre; su ley primera es la voluntad del creador, voluntad que no conoce la ley” (6). El “Quién que Es” rubendariano se explica cuando Schlegel afirma que “su ley primera es la voluntad del creador”. Es Kant, es Schopenhauer, es Nietzsche estremeciendo los cimientos del mundo moderno con la bisagra de la voluntad. No es muy convincente, que digamos, el cestón de nuestros románticos que nos ha legado el pasado. Hay en muchos de ellos pulpería, floripondio verbal, álbum de familia, complacencia de élites, ruido retórico de juego floral; en rigor, bagatelas sin la mínima trascendencia. ¿Cómo no entender, entonces, el hecho de que Navarro González desdeñara la vanguardia literaria venezolana de los años veinte? Su conservadurismo lo dejó anclado en una tradición poética que en modo alguno había perdido vigencia, y en la que no abundaba, por lo demás, calidad. ¿Por qué no entender que su lirismo echó raíces en el siglo XIX, que su visión de mundo traía las huellas del espíritu decimonónico? En todo caso, es importante resaltar lo siguiente: nuestros vanguardistas no fueron consecuentes con las experimentaciones literarias en boga; muy pronto se cansaron de los

formularios de la moda literaria; además, son pocas las obras dignas de mención durante ese período. El escritor e historiador de las ideas, Juan Oropesa, ha puesto en evidencia la “disparidad de ritmo entre la cronología y los diferentes ciclos culturales”; señala que “Entregada a su escueta función de llevar la cuenta del tiempo, la cronología se revela cuándo mentirosa, cuándo encubridora en sus afirmaciones, razón por la cual éstas no deberían ser nunca tomadas al pie de la letra” (7). De manera que el flujo romántico es más una cuestión de perspectiva; está más ceñido, si a ver vamos, a los acontecimientos y circunstancias que rodean a las obras. Lo otro es la hojarasca, los epígonos sin talento, el oropel con suerte que se acredita en los cenáculos literarios. Es esto lo que condena Vásquez y Vásquez, “la orfebrería petulante y la razón escueta y convencional, que disfraza de alegría y símbolos, la pobreza emotiva y la aptitud desmedrada para el ritmo”, y antepone a tanta fruslería la detonante obra poética de Pedro Navarro González, obra que, leída objetivamente, merece una distinción ante muchos de sus contemporáneos, además de que nos coloca ante el desconcierto de por qué la obra de este autor carece de reconocimiento alguno, al punto que no aparece en ninguna de las antologías de poesía venezolana. De allí el énfasis de Vásquez y Vásquez: “tiene en esta hora, sabor de vino añejo, de exquisita deleitación del pasado. Es el lirismo puro...” Puro fue en distintos sentidos Navarro González. No se contaminó con la charlatanería de la vanguardia; fue rebelde y combativo, pero no acusó recibo de las ideas políticas reinantes en su época; como poeta romántico se alejó de lo que era costumbre en los autores del pasado y los contemporáneos a él: no se dejó tentar por el canto épico; no se hizo eco del falso patriotismo ni escribió para buscar laureles en los certámenes oficiales. Sin embargo, si algo se acredita el poeta es que, tal vez sea el único, en expresar en sus versos -ni lastimeros, ni quejicosos, ni panfletarios- el lacerante y penoso mundo de quienes, de una ergástula a otra, padecieron cautiverio durante el oprobioso régimen de Juan Vicente Gómez, tal como lo hicieron en prosa José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia* y Antonio Arráiz en *Puros hombres* (1938). Ni Andrés Eloy Blanco, ni Pio Tamayo, ni Alfredo Arvelo Larriva –aunque en

distintas circunstancias- alcanzaron a expresar en su poesía el patetismo, el conflicto existencial de aquellos hombres entre las penumbras de horas inciertas como lo plasmó con repujado estilo el poeta Pedro Navarro González. Conmover, inquietante, es ese libro inconcluso que tituló *La cartuja de hierro*, escrito con penetración e intensidad desde las entretelas de su propio ser. Ya el nombre de *cartuja* tiene connotaciones oscuras y de castigo, muy a pesar de su referencia religiosa. No exento de tensión dramática, el largo poema “La voz del muro” exorciza ese concierto de sombras en que estaba sumida la Venezuela del período gomecista; endecasílabos y estrofas forjados con los hierros de la prisión. El poema cruza el relato con el testimonio: *Lacrado por doquier por la sombría/ garra del tiempo que a pasar desmedra, / de noche, en la alta noche, repetía, / las sonámbulas voces de la piedra. (...) Ara de un templo en ruinas que cobija/ todo el fervor de una leyenda sacra, / y guarda en urna cálida y prolija, / un sollozo de angustia, cada hendidura, / y un grito de protesta, cada lacra. (...) Fiel colmenar de clandestino enjambre/ que liba el cáliz de su pan moreno, / y halla tras de los síncope del hambre/ la redentora gota de veneno. (...) En el vasto silencio que depara/ una voluntad tregua al sufrimiento, / bajo la noche compasiva y clara/ Flor de luto que un mago deshojara/ en la inconsútil túnica del viento. / Caricia, que una extenuación huraña/ rompe el temblor sonámbulo del miedo, / y hace más viva la emoción extraña, / tanto más hondo cuando está más quedo (8).*

El talante formal, la claridad estética de la obra de Pedro Navarro González quedan prefigurados en ese paseante medieval, “El cruzado”, largo poema que dedica a Alfredo Arvelo Larriva. Es éste un punto de encuentro y de reto caballeresco con la obra del barinés. Escrito en dísticos alejandrinos, es un poema galante, cortés, pero no para las princesas de los castillos o para el caballero o príncipe. A su paso, el cruzado no tiene ojos sino para el relato maravilloso y para una flor que, a la manera de San Francisco de Asís, expresa: “Mas, saluda a una rosa que entreabre lozana: / -Que la paz sea contigo, jecuarística hermana!”. El recorrido que hace el cruzado, indiferente a los acontecimientos relevantes en su marcha, tiene un objetivo más elevado,

la meta de un símbolo subjetivo (*), diría Cirlot, que lo conduciría a lo inesperado. Es así como el cruzado llega a la “Selva Sagrada” (la poesía), luego de vencer por las artes de un anacoreta los dos dragones que la custodiaban. Veamos que hay allí en ese “huerto sellado”:

*Moran aquí los símbolos, las Cadencias exactas,
la armonía luminosa, y las curvas abstractas;
jse agracian en el molde de las mágicas normas!
los ritmos que confieren movimiento a las formas;
toda música tiene la prestancia del vuelo,
y hasta el suelo es olímpico, a pesar de ser suelo!*

Entrar en la “Selva Sagrada” es penetrar en la complejidad del mundo romántico, en el campo de las abstracciones líricas: ritmo, espacio, armonía, música, cadencias, los que parecen estar vedados al lego, al novicio, puesto que su acceso implica el *vía crucis* del cruzado. El siguiente texto pone en claro el planteamiento estético de Navarro González:

*La Oda, al pie de un olmo hila su estrofa vieja;
el Epigrama es príncipe de la espada bermeja;
el Madrigal florece con fragancia de nardo,
y el Soneto pasea con su piel de leopardo...*

*El que rompe los hierros de estas puertas divinas,
debe adiestrar palomas y matar jabalinas;
injertar en el tronco de la clásica palma
los potentes rosales de la zona del alma;
a las cosas abstractas darle forma sensible,
escuchar el silencio y mirar lo invisible;
arrebatar al germen la belleza que fragua,
y despertar las piedras con las voces del agua;
hacer llorar al tigre y cantar al guijarro,
y darle alma de estrella a la infancia del barro.*

*El valiente iniciado que promueva estas cosas,
Sólo tendrá por premio un puñado de rosas,
Un rincón luminoso del jardín gentilicio,
Este fuerte callado (sic) este burdo cilicio!...*

*-¿Viajador no lo has visto galopar a tu lado?
¡Hace ya veinte lunas que buscándolo estoy!
El viandante desciende del corcel fatigado:
-¡Yo soy! (9)*

En la confesión final, “¡Yo soy!”, converge la identidad en la que se plasma toda la envoltura del yo lírico que en su trasiego pone en juego Navarro González. Despliega aquí toda una concepción de la escritura poética, algo así como las tareas de Sísifo para alcanzar la cima. Quien “rompe los hierros de estas puertas divinas” todavía no ha logrado su propósito: entrar en la “selva sagrada”. Es, con mucho, el inicio de un calvario, la vocación de un apostolado, cuyo “premio” no es más que sacrificio, “¡Este fuerte callado (sic) este burdo cilicio!”. Imposibilitado de consultar otra fuente, la lógica verbal y contextual nos lleva a presuponer un error, que, en vez de callado, debería ser *cayado*. La abnegación, pues, la entrega sin otras mediaciones está en el norte del poeta romántico. Fue Navarro González un *dandy*, entendido éste en los términos que expresó Baudelaire: “...porque la palabra *dandy* implica una quintaesencia del carácter y una inteligencia sutil de todo el mecanismo moral de este mundo, pero por sobre todo el *dandy* aspira a la insensibilidad...” (10). Entendemos “insensibilidad” como la asepsia literaria del poeta, la no contaminación o compromiso con el mundo exterior que quiebre o desdiga de ese oficio de asceta del poeta romántico, esa voluntad de trascender, más que por el humano amor, por el sortilegio de las palabras. Ese hecho lo corroboran muchas claves presentes en sus poemas. El lujo verbal que distingue a toda su obra nos habla de alguien muy refinado bajo los auspicios de una vida singular, de maneras y comportamientos muy distantes del tráfigo portuario como pudo ser el Porlamar de las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del XX; de alguien más bien casto,

incorrupible ante el árbol del bien y el mal; abstraído, atemperado en el frígido amor que dejan a su paso las fuertes pasiones; postrado y ensimismado en el nicho que iluminan las llamas del libresco universo romántico. Los entresacados versos de su obra dan cuenta de ello: “Más, mira que el pasado/ fue ráfaga voraz, ¡todo hizo trizas! / ¿lo recuerdas? ¡fue incendio! Ten cuidado/ si arden más que las llamas, las cenizas...” (‘Tarde’, p.118); “Sólo Dios, sólo Dios es responsable/ de que mi pobre corazón se enferme” (‘Amor oculto’, p. 106); “De mis más dulces cosas, / huyen las emociones más divinas, / y veces hay, que al deshojar las rosas,/ quedan sólo en mis manos las espinas” (‘En la sombra’, p. 129); “Haces estremecer toda mi vida/ de amor, si melancólico evidencio/ que te complaces en bañar tu herida/ con el bálsamo suave del silencio!” (‘Primavera otoñal’, p. 143). Los testimonios de quienes lo conocieron confirman los rasgos románticos del poeta: “y hasta su vida estuvo envuelta por ese hábito de caballero a la antigua con melena y botón de rosa en el ojal del paltó” (PCVV, p.14); “Y es que Navarro González, por principio, por ética, separó al poeta del hombre. Cuando la inspiración tocaba sus sienes, apartaba de él la reciedumbre del carácter” (Mario Salazar, p. 29); “Cuanto a bohemia sí la tuvo en su juventud, con melena y todo. Pero no fue vicioso consuetudinario a la manera de los ‘poetas malditos’”, p. 32). Un texto como pocos, tal vez la excepción, “El faro”, deja la huella de su biografía y del entorno insular donde gravita su condición de poeta. Allí está el *dandy*, el paseante por el malecón que sale a dialogar con los horizontes de un infranqueable mar que se desmaya en las orillas, con esa majestad del infinito azul que atraviesa su alma “porque aquí, frente al mar, soy más clemente/ y soy más tuyo, porque estoy más solo” (...) “Siento cual si tu mano bien amada/ se hundiera en mi melena alborotada/ bajo el amplio silencio de la tarde...”; allí, las pocas referencias concretas de su entorno, el faro de la Puntilla, Punta Mosquito, El Morro, que acompañan ese deslave interior que funde su pasión romántica con el temblor de las cosas exteriores; allí el pulso de su soledad más franca, su extensión más solidaria y enfermiza con lo que se desea y que jamás conocerá el lugar de la posesión; allí esa extraña urgencia de fundirse en el paisaje para obtener el pasaporte hacia el amor imposible. El faro,

erguido, granítico, ostentosamente fálico su simbolismo que se degrada al caer de la tarde y al aposentarse la noche, ante cuya oscuridad queda apenas su luz como incertidumbre y como esperanza, porque, en definitiva, para el romántico la vida no es más que evanescencia, un permanente salto al vacío, por lo que no construye nada permanente, porque la única trascendencia que concibe tiene como depositaria a la palabra.

Como coda y paralelismo cultural traemos a colación al poeta cumánés Juan Miguel Alarcón (1882-1932), en el que es posible encontrar cierto espíritu de época y una manifestación literaria que evidencia cierta norma, cierto canon que mantuvo su vigencia sin trauma durante las primeras décadas del siglo XX. Nacido en el mismo año que Navarro González, Juan Miguel Alarcón fue otro excéntrico en la agitada Caracas de la vanguardia y de la generación del 28. Anacrónico, versallesco, tocado por un pasado palaciego y épico, Alarcón tampoco concretó libro alguno, fue fiel a su cromotipia romántica, a las gestas caballerescas, a sus amores de folletín, enclaustrado y fallido en una historia que terminó en la soledad, por no decir destierro, en el suelo natal. Alarcón fue celebrado por el poeta Jacinto Fombona Pachano, quien llega a decirnos que “tuve ocasión de oír por boca de José Santos Chocano, de José Juan Tablada y de Francisco Villaespesa, en las distintas oportunidades en que nos visitaron, amplios y sinceros elogios de la poesía de Alarcón (11). Porque estaba preso, porque no tuvo ocasión de relacionarse con los intelectuales acreditados de la época, Navarro González carece de presencia en esa Caracas que comparte con Juan Miguel Alarcón, provincianos ambos, aunque distantes el uno del otro. En su ensayo sobre Alarcón, Fombona Pachano enfatiza un hecho que refuerza el paralelismo con Navarro González: “Pasó y se fue puro. Antes que genuflexo fue desdeñoso. Antípoda de la lisonja fue su orgullo. Sólo vivió para soñar” (12). Queda claro que ambos poetas compartían un espíritu de época y que por circunstancias disímiles hicieron vida en Caracas. Si algo debemos subrayar, tal vez lo más importante, es que por la intensidad de vida, el arrojo ante circunstancias adversas, la asunción radical contra el poder dominante de la época, así como

un indiscutible y férreo carácter romántico en el estandarte de su obra, sobresale y brilla con luz propia la obra de Pedro Navarro González. Sin necesidad de negar autenticidad al uno o al otro, la vara de la justicia nos dice que la obra de Navarro González tiene una longitud de onda que trasciende los límites de la comarca.

Es mucho lo que hay que investigar sobre Pedro Navarro González. Su vida y su obra son una página en blanco todavía. Esta aproximación no tiene otro objetivo que estimular el interés por una obra que, más allá de cualquier divergencia, tiene la suficiente autonomía para acreditarse futuros análisis. En todo caso, ningún punto final puede ser más elocuente que la estrofa última de su poema “Post vitam”, escrito ante la inminencia de su muerte:

*No queda sino darle – en la batida
que nos hace, satánica, la suerte, -
un formidable puntapié a la vida
y arrojarnos en brazos de la muerte.*

NOTAS:

- (1) Balzac, Baudelaire, Barbey d'Aurevilly. “El pintor de la vida moderna”. *El dandismo*. Barcelona (España): Editorial Anagrama, 1974, p. 81.
- (2) *Ibid.*, pp. 91-92.
- (3) Denise Levertov. *El poeta en el mundo*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1979, p. 145.
- (4) Julio Ramos. “Estampa de Pedro Navarro González”. En: Pedro Celestino Vázquez y Vázquez. *Pedro Navarro González. Su poesía y aspectos de su vida*. Isla de Margarita (Venezuela): Editorial Raidis, 1998, p. 35.
- (5) P. C. Vázquez y Vázquez. “Umbral”. *Ibid.*, p. 12.
- (6) Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*. España: Taurus, 2000, p. 164.
- (7) Juan Oropesa. *Del tiempo en que vivimos*. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1956, p. 18.
- (8) P. C. Vázquez y Vázquez. “La voz del muro”. *Op. cit.* Pp. 159-167.
- (9) Pedro Navarro González. “El cruzado”. En PCVV, *Op. cit.* P. 135.
- (10) Baudelaire. “El pintor...” *Op. cit.* p. 88.
- (11) Jacinto Fombona Pachano. “Un gran cumanes”. En: Juan Miguel Alarcón. *La Fuente de Castalia*. Caracas: Tipografía La nación, 1954, p. 25.
- (12) *Ibid.*, p. 43.
- (*) Respecto al símbolo subjetivo, dice Cirlot: “Este es tanto mayor cuanto concreta es la alusión (no manifestada, secreta) contenida en el símbolo”. Juan Eduardo Cirlot. “Tragedia griega, ejercicios espirituales y psicoanálisis”. *Confidencias literarias*. España: Huerga y Fierro editores, 1996, pp. 122-23.

SELECCIÓN POÉTICA

EL CRUZADO

para Arvelo Larriva

*Va el caballero errante por la selva florida;
su corcel es de fuego, puerta suelta a la brida;
obediente el estímulo e la espuela dorada,
clava el caso armonioso en la arena rosada;
precipita el galope con un ritmo sonoro,
y sacude en el cuello la crinera de oro.*

*Por llegar, el jinete silencioso delira;
quiere que su caballo como la brisa corra;
luce manto de púrpura y un plumaje en la gorra
prisionero en el broche diamantino; la veste,
bajo el manto, recata su blancura celeste.*

*Va dejando a su paso, como olímpicas huellas,
un reguero de rosas y un reguero de estrellas...!*

*Pasan reyes y príncipes por la senda encantada:
Y el viajero los oye sin alzar la mirada!
Pasan los maharajás con sus alfanjes rojos:
Mas, saluda a una osa que entreabre lozana:
-Que la paz sea contigo, oh! Eucarística hermana!*

*Por el noble camino un heraldo escarlata,
suena su milagrosa cornamusa de plata,
anunciando que ha muerto el señor del castillo;
fulge en su cuello el ágata del señorial anillo,
y cautivo en un broche, el heráldico sello,
hermano de la joya fulgurante del cuello.*

*Dice el clarín: _Ha muerto, muerto en el bosque sagrado,
el luminoso príncipe el castillo encantado!
A una gacela rubia persiguió en el barranco
y le hundió seis saetas en el trémulo flanco;
pero el Oso que guarda los pinares salientes
el audaz caballero destrozó con los dientes!
Aquí traigo su arco, aquí traigo su anillo:
Hay alguno que quiera ser el señor del castillo?
Guardan sus tierras miles de riquezas radiosas:
Hay un lago de estrellas y una selva de rosas!*

*El alcázar esconde para un noble destino
de amor, la prodigiosa lámpara de Aladino;
en sus muros avivan sus arcaicos matices
las caducas panoplias y los nobles tapices;
y en el salón magnífico todo cereza y gualda,
esté el trono hecho de una milagrosa esmeralda!
Echada está en sus gradas la ducal vestidura,
esperando que venga la feliz criatura
que la ciña enseguida y que reina tan luego...
No habrá algún caballero que la ciña con fe?
El viajero estimula su caballo de fuego,
y responde: _No sé!*

*Y echó a andar! A su paso, destejió la montaña
de milenarias frondas, la severa montaña...
Saludó a los leones como a suaves mastines:
_Salud! Hidalgos fieras de las doradas crines!
A las aves dormidas en las rosadas lomas:
_Salud! Vírgenes grullas y princesas palomas:
_Os reís con la risa de vírgenes locas!*

*Y abajo la pradera! Un millón de centauros
agitan sus picas temblorosas de lauros,
se escuchan entre hogueras crepitar las resinas
de los joviales cardos y las nobles encinas.*

*El héroe caído en lid; su ojo zarco
no afirmaría la brava precisión de un arco!
Halló bajo el escudo una brecha discreta,
y hasta la entraña heroica se le entró una saeta!*

*Un heraldo gritaba: _El radiante guerrero,
de rodela de bronce y de brazo de acero,
ha caído en la pugna prodigiosa y ardiente!
Sintió el fiero enemigo sus empujes gallardos
y le embotó en su cota una lluvia de dardos...
Los infantes fugaban al oír el sonoro
alarido de su cuerno de oro;
en su aljaba tenía un venablo armonioso,
empapado en un filtro cálido y misterioso:
Al silbar en el aire sus aristas perversas,
se fugaban, al punto, las legiones adversas!*

*A dos lunas que el héroe por maldad o por broma
rompió con el seno de una errante paloma;
y la sangre del ave fue un hechizo prudente:
Quitó al dardo el prestigio de su hechizo vehemente,
hoy a caer sin alma sobre el campo enemigo
en mostrar su destreza se ha hecho infiel y esquivo;
y el Adalid lanzóse a la lid, de tal suerte,
que entre un bosque de lanzas, se topó con la muerte!
Adquirió el venablo su virtud misteriosa,
al sentir la caricia de una mano armoniosa...
Hay algún caminante o poeta errabundo
que persiga, con sangre, la conquista de un Mundo?
La embrujada saeta y el arco escarlata...
Le ceñiré la cota de brillantes escamas!*

*No hay alguno que quiera reemplazar al que fue?
El viajero enardece su caballo de llamas,
y responde: _Tal vez!
Y siguió! En el espejo del sereno horizonte,
asomaba sus vértebras luminosas, un monte...*

*Rehusaba el caballo la tensión de la brida,
Y volaba, volaba por la senda florida!
Sobre el cuello, tendidas, iban las crines francas
y una espuma de gloria le fulgía en las ancas.
A la gorra la mano se llevó el caballero;
era que sobre el monte parpadeaba un lucero!*

*Dos dragones alados defendían la entrada,
impidiendo el acceso a la selva sagrada;
por sobre el vuelo trunco de alas ceñudas,
se presentía el triunfo de las ninfas desnudas:
_Salve! Sacerdotisas coronadas de rosas,
de los senos incólumes y las ancas radiosas!
Salud a las marquesas de la selva! El destino
permitió que yo errara mi apacible camino?*

*Tan formidable grito dieron las hoscas fieras,
que estallaron en ecos las solemnes praderas!
Y surgió ante el encanto de aquel bravo rugido,
un blanco anacoreta, por los años rendido
que conjuró a las bestias, levantando las manos:
_La paz sea con vosotros, oh! Dragones hermanos!
Ya la acción de las manos blancas, enflaquecidas,
las dos bestias feroces se quedaron dormidas!*

*Aquí fenece el límite de este huerto sellado;
nada innoble y sin alas hasta él ha llegado!
Moran aquí los símbolos, las Cadencias exactas,
la armonía luminosa, y las Curvas abstractas;
se agracian en el molde de las mágicas normas!
Dos ritmos que confieren movimiento a las formas;
toda música tiene la prestancia del vuelo,
y hasta el suelo es olímpico, a pesar de ser suelo!
Fingen las blancas ninfas tras los castos rosales
una blanca parábola de pecados veniales:
Y sus pies, que no saben de los briosos contactos,*

*dejan al bosque el triunfo de sus broches intactos,
por un encantamiento de fuerzas milagrosas,
trasmudan su prestigio las pretéritas cosas;
cada tronco estrellado de este huerto patricio
tiene una savia múltiple, capaz de un maleficio
cada gota fragante de una breve locura,
una ardiente caricia o una suave tortura!*

*La Oda, al pie de un olmo hila su estrofa vieja;
el Epigrama es príncipe de la espada bermeja;
el Madrigal florece con fragancia de nardo,
y el Soneto pasea con su piel de leopardo...*

*El que rompe los hierros de estas puertas divinas,
debe adiestrar palomas y matar jabalinas;
injertar en el tronco de la clásica palma
los potentes rosales de la zona del alma;
a las cosas abstractas darle forma sensible,
escuchar el silencio y mirar lo invisible;
arrebatar al germen la belleza que fragua,
y despertar las piedras con las voces del agua;
hacer llorar al tigre y cantar al guijarro,
y darle alma de estrella a la infancia del barro.*

*El valiente iniciado que promueva estas cosas,
sólo tendrá por premio un puñado de rosas,
un rincón luminoso del jardín gentilicio,
Este fuerte callado (sic) este burdo cilicio!...*

*-¿Viajador no lo has visto galopar a tu lado?
¡Hace ya veinte lunas que buscándolo estoy!
El viandante desciende del corcel fatigado:
-¡Yo soy!*

PRIMAVERA OTOÑAL

*Rota ya la ilusión nadie te nombra,
Fácil traición a tu belleza esquiva!
Y apagados tus cirios, no te asombra
ver que aún arde escondida entre la sombra
mi silenciosa lámpara votiva!*

*Melancólico amor que se derrama
Y deja en tu alma sus efluvios presos:
Un solo nido fiel tiene tu rama
Y hay sin nido, en mi bosque, muchos besos!*

*Fidelidad romántica que ahonda
todo el desdén que tu candor desata;
si olvidan ya la cabecita blonda,
que ayer fue de oro y se tornó de plata!*

*Oro apagado en opulencias frías,
de plata, suelta en pródigos derroches,
si ayer no pudo ser sol de mis días,
hoy podrá ser la luna de mis noches...*

*Mis labios son para gustar la pura
miel que una ingenua candidez provoca,
que una poma de amor recién madura,
deja un sabor olímpico en la boca!*

*Sin presentar que desdeñosa ensalmas
tu inútil soledad, te desespera...
Puede en el equinoccio de las almas
en el otoño empezar la primavera!*

*Cuando el compás de la gavota marque
una cálida fuga de chapines
y se estremezca el gentilicio porque
al temblor musical de los violines.*

*Del Trianón e las fulgidas veladas
verás en broches de zafiros presas,
caer las cabelleras empolvadas
en la nuca jovial de las princesas.*

*Allí serás, bajo la nívea lluvia,
que una otoñal complejidad promueve,
si no la infanta de las espigas rubia,
la Delfina gentil de Blanca Nieve.*

*Y si rompe el victorial tesoro,
son en tus hombros, las que dejas francas,
no un gloriado mechón de lysés de oro,
sino un manto vivaz de rosas blancas!*

*Haces estremecer toda mi vida
de amor, si melancólico evidencio
que te complaces en bañar tu herida
con el bálsamo suave del Silencio!*

MORFINA

*Ya la aguja se ha hundido en la seda del brazo;
ya tu sangre enardece la fantástica droga;
tu cabeza en el suave reposorio de raso,
es un cisne que en tenues claridades se ahoga.*

*La romántica linfa te promete dos vidas,
embriagarte quisieras en fragantes panales,
y te llama el silencio de las aguas dormidas
en las pautas de sombras de los viejos canales.*

*La morfina te llena de inefable delirio;
y sosiega la angustia de tu espíritu preso
ver tu blanco palacio en el cáliz de un lirio,
donde mueres tendida sobre el ala de un beso.*

*Pasa un vasto silencio por la alcoba florida;
va cayendo en tus ojos un sagrado beleño,
y extenuada entre sedas permaneces rendida
cual la Bella Durmiente de la Isla del Sueño!*

*Tu memoria se llena de celestes mirajes;
bien está que dormida sobre estrellas camines,
que atraveses, en vuelo, milagrosos paisajes
y que cruces soñando, luminosos jardines...*

*Mas te quedas llorando si en la tarde dorada,
vigilando la senda casi nunca desierta,
vez un rubio enanito que te inicia la entrada
y un dragón fabuloso que custodia la puerta!*

*Sopla entonces un orto de gentil Primavera,
Que te trae de muy lejos una leve sonata,
y tú sueñas que cruzas en celeste galera,
archipiélago de oro sobre marea de plata.*

*Una angustia secreta utiliza tu empeño
por pisar las orillas de la riba encantada,
y al querer alcanzarla se disipa tu ensueño...
Qué se hicieron las ribas de la mar escarchada?*

*Después, que hayas cruzado una estepa lejana
en manco dromedario, bajo la tarde rosa,
y a pasos musicales la dulce caravana
va a llevar mirra y ámbar a una Meca radiosa.*

*Refleja el horizonte cien cúpulas benditas;
lejos, entre blondas gasas crepusculares,
miras como se esfuman las joyantes Mezquitas,
dormidas a la sombra de erectos Almirantes.*

*Ya la tarde se muere entre un suave destello;
va extinguiendo la droga sus radiantes fanales...
Quisiera hacer contigo ese viaje tan bello,
que me lleves en ancas de tu manso camello
y me dejes muy cerca de tus Mecas triunfales!*

EL FARO

*Todas las tardes vengo a este saliente
brazo de tierra, y junto al mar inmolo
cuanto de amargo el corazón presente
porque aquí, frente al mar, soy más clemente
y soy más tuyo, porque estoy más solo!*

*Y de pie en la granítica muralla,
que angustia una voraz melancolía,
tejo y destejo la celeste malla
del ensueño, y mi espíritu se calla,
pensándote más cándida y más mía!*

*Finge el trueno del mar el hondo grito
de alguien que se hunde al desmandar socorro,
mientras oprime trozo de infinito,
con su brazo esquelético, Mosquito,
contra el enfermo corazón de El Morro...*

*Cerca de la pirámide apagada,
que dé a la riba prestigioso alarde,
siento cual si tu mano bien amada
se hundiera en mi melena alborotada
bajo el amplio silencio de la tarde...*

*Tú lo sabes bien! No en vano aviva
tu recuerdo esta ausencia ya tan larga:
Eras, ayer, hermética y altiva;
como esa luz, tan muda y tan esquiva!
Como esa mar, tan sorda y tan amarga!*

*Hoy, ya no...cuanto amor en la batalla!
Surge el beso al final de una querrela
la inquietud del perdón nos avasalla:*

*Rompemos a llorar, como esa playa
y echamos a temblar, como esa estrella!*

*La tarde moribunda desfallece,
y, ciego para expiar mi desamparo,
por ver mi corazón que se entristece
y el mar, que con la sombra se ennegrece,
abre en la noche su pupila, el Faro...*



Pedro Navarro González

Ramón Ordaz / Escritor



INTER EXODUS
ediciones